

barcos... Te llevarán á Siberia por cuenta del Estado...

Kononoff desplomóse como una masa sobre la primer silla que encontró. Su rostro se puso violáceo y no tuvo más que la fuerza de amenazar á Tomás con el puño.

Articuló con voz ahogada:

—Bueno... Bueno... no lo olvidaré...

Cuando Tomás vió aquella cara descompuesta y aquellos labios temblorosos, comprendió en seguida, de que arma se debía valer para atacar á aquella gente con golpe certero.

—¡Ja, ja, ja! ¡Organizadores de la vida! ¿Gontchin, sigue dando limosna á tus sobrinos? Dales un céntimo por día... ya que les has pellizado una buena porción, sesenta mil rublos, es una linda suma... ¡Bobroff! ¿Por qué has acusado á tu querida de haberte robado y por qué la has hecho aprisionar? Si ya tenías bastante, haberla pasado á tu hijo... se habría encargado bien de ella, él, que ahora es el amante de tu nueva querida... ¿Cómo no lo sabía? ¡Eh! gran cerdo... ja, ja, ja!... y tu Lobo, abre de nuevo una casa de prostitución y saquea á los clientes cómodamente; mas tarde el diablo se encargará de saquearte á su vez, ¡ja, ja, ja! ¡Con esa faz de devoto es cómodo el ser un granuja! ¿A quién asesinaste antaño, Lobo?...

Tomás recalcaba sus improperios con malévola sonrisa, y veía que ahora cada palabra daba en el blanco. Después de oírle largo tiempo, se habían simplemente apartado de él, con miradas despreciativas ó furiosas. Había podido ver en sus sonrisas, adivinar en cada uno de sus gestos el desdén que les inspiraba, y se había dado cuenta de que, aunque molestándoles, sus palabras no llegaban á tocar el punto sensible. Había sentido con amargura que su атаque fallaba y su cólera caía poco á poco.

Pero apenas les hubo enfrentado individualmente, la situación cambió de efecto.

Cuando Kononoff se había dejado caer sobre una silla bajo el apóstrofe de Tomás, este había percibido un resplandor de alegría maligna en los ojos de los asistentes. Había oído un murmullo de aprobación y de sorpresa:

—¡Buena puntería!

Aquella exclamación duplicó las fuerzas de Tomás con una seguridad apasionada se puso á lanzar sus acusaciones, sus burlas á la faz de todos los que encontraba su mirada.

Enrojece de alegría ante el efecto producido por sus palabras. Se le escuchaba en silencio y aun con recogimiento. Varias personas se le aproximaron. Débiles protestas, formuladas en voz baja, ensayaron alzarse, pero desde que Tomás apostrofaba á alguno por su nombre venía el silencio y todos dirigen miradas satisfechas sobre aquel que se encontraba interpelado aquel momento. Bobroff reía de un modo macabro y sus ojillos llenos de rabia se hundían como puñales en los de Tomás. Reznikoff agitaba los brazos, y repetía con voz ahogada:

—Todos sois testigos... ¿Qué significa todo esto? No, no quiero tolerar cosas semejantes. La acusación por difamar... ¿Qué quiere decir todo eso?

Y exclamó de repente, con voz penetrante, brazos tendidos hacia Tomás:

—¡Es loco de atar!

Tomás reía á carcajadas.

—¡No llegarás á ahogar la verdad! Si consigues atarme, no conseguirás que me calle.

—¡Ved ahí, señores comerciantes! decía Maiakin con voz metálica. Todos podéis juzgarle en su propio valor.

Los traficantes se enardecían y se aproximaron á Tomás. Sus rostros expresaban la cólera, la ad-

miración, una alegría maligna mezclada de temor.

Entre los individuos sin importancia y modestos que se encontraban en la mesa al lado de Tomás, alguno murmuró:

—¡Está muy bien hecho! ¡Dios se lo premie! No llevan lo que se merecen... Allá arriba os lo dirán...

—¡Robustoff! gritaba Tomás. ¿De qué te ríes? ¿De donde proviene tu alegría? No te librarás tampoco de ir a presidio...

—¡Tírémosle por tierra y arrojémosle en la orilla! gritó Robustoff irguiendo su cuerpo.

Kononoff daba ya la orden al capitán de volver atrás para ir derechamente en busca del gobernador.

Alguno declaró con convicción y con voz que la emoción hacía temblar que aquello era cosa premeditada.

—Ya lo creo, ¡esto es el principio de una protesta!

—¡Es menester atarle, eso es todo, atarle de pies y manos!

Tomás cogió una botella de champagne y la agitó por encima de su cabeza.

—¡Ensayad, pues! ¡Ah! ¡me oiréis hasta el final!

Y volvió á empezar de nuevo á cubrirles de injurias descubriendo sus infamias, llamándoles por sus nombres, experimentando una especie de voluptuosidad feroz al verles descompuestos, con espumarajos de rabia, al escuchar sus improperios. El ruido cesó.

Las personas que Tomás no conocía le miraban con ávida curiosidad. Parecían aprobarle y algunos tenían en el rostro una expresión de alegre admiración. Un vejete de mejillas escarlata y ojos de ratón, se dirigió de pronto á los traficantes y les dijo, cantando, con voz melosa:

—Estas son palabras que vienen de la conciencia. ¡Esto es bueno! Es necesario saber soportarlas... Es como la acusación del profeta... Hay que confesarlo, lo que está diciendo es la verdad, nosotros somos grandes pecadores...

Se le silbó. Zuboff le cogió por el hombro y lo sacudió. El hizo un profundo saludo y se perdió entre la muchedumbre.

—Zuboff, repuso Tomás, ¿sabes el número de los que has arruinado? ¿Ves tú á veces en tus sueños á Juan Pedro Miakinnikoff que se ahorcó por causa tuya? ¿Es cierto que todos los domingos robas diez rublos en la iglesia del cepillo de los pobres?

Zuboff no esperaba el ataque y se detuvo como petrificado, el brazo levantado. Después chilló con voz aguda y dando un salto cómico:

—¿Te metes conmigo? ¿Conmigo también?

E inflando de repente sus mejillas con aire de dignidad, extendió el puño hacia Tomás, y exclamó:

—¡El insensato! ¡En su locura afirma que Dios no existe! Voy á ir á casa del obispo... ¡Miserable! ¡Mereces el presidio!

El tumulto aumentaba. En vista de aquellos rostros odiosos, corajudos, humillados, Tomás producía el efecto de un gigante destruyendo monstruos. Todos se agitaban, gesticulaban, hablaban á la vez, los unos rojos de cólera, los otros amarillos, pero igualmente impotentes para detener al raudal de sus improperios.

—¡Haz venir á los marineros! gritaba Reznikoff tirando á Kononoff de la manga. ¿Qué tienes, Iliá? ¡Eh! nos has invitado para dejarnos insultar.

Alrededor de Jacob Tarasovitch una muchedumbre silenciosa escuchaba y aprobaba con inclinaciones de cabeza.

—¡Vaya, obra tú, Jacob! decía Robustoff. Todos seremos testigos en caso de necesidad... ¡decidete!

Y la voz vengativa se llevaba despiadada, dominando el tumulto y los gritos.

—¡No habéis organizado la vida, habéisla convertido en una en un pozo de inmundicias! ¿Tenéis siquiera conciencia? ¿Pensáis en Dios alguna vez? ¡El becerro de oro, ese es vuestro Dios! Habéis tirado la conciencia... ¿qué habéis hecho de ella? ¡Asesinos! Vivís del esfuerzo de los demás... Aprovecháis la fatiga y el esfuerzo de vuestro prójimo... Pero ya lo expiaréis... ¡Cuando os muráis, todo os será contado! Todo, hasta la más mínima lágrima... y numerosos son los que han llorado gotas de sangre sobre vuestros corazones cínicos... ¡Ah, miserables! el infierno mismo es demasiado bueno para vosotros. No os quemaréis por el fuego, sino que herviréis en el fango... Siglos de tortura no os purificarán... El diablo os arrojará mezclados en tinajas y echará sobre vosotros ¡ja, ja, ja! verterá ¡ja, ja, ja! señores, honrados comerciantes... organizadores de la vida... ¡demonios!...

Tomás se apretaba la cintura, la cabeza echada atrás. Reía convulsivamente.

En aquel momento varios hombres juntos se arrojaron juntos sobre él y le derribaron con su peso. Una lucha se siguió...

—Ya le tenemos, dijo una voz ahogada.

—¡Ah! ¡de esta manera! resollaba Tomás.

Durante varios segundos un montón de cuerpos negros voceaban; exclamaciones sordas se escapaban:

—¡Echale al suelo completamente!

—¡Sostente la mano!... ¡la mano! ¡oh!

—¡Ah! ¡Me tiras de la barba!

—Traed servilletas pronto... Vamos á atarle con servilletas...

—¡Muerde!...

—¡Toma! ¡esta es para tí!...

—¡No peguéis! ¡Te prohibo pegar!...

—Ya está...

—¡Es rudamente fuerte!

—Transportémole aquí... hacia las bordas...

—Al fresco... ¡ja, ja, ja!...

Se arrastró á Tomás por el puente y se le dejó tendido á lo largo del camarote del capitán.

Los fabricantes se alejaron, limpiándose el sudor del rostro y poniendo en orden sus trajes.

Allí yacía Tomás, destrozado por la lucha y la humillación de la derrota, silencioso, la ropa desgarrada, sucia, los brazos y las piernas sólidamente atados con servilletas. Sus ojos inyectados en sangre, eran en aquel momento redondos. Fijaba en el cielo una mirada atontada y sin expresión, como la de un idiota. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales, con respiración trabajosa.

Los fabricantes iban á tomar la revancha. Zuboff fué quien empezó. Se aproximó á Tomás, le dió con el pie y dijo con dulzura, regocijado de poder tomar venganza:

—¡Veamos, gran profeta! ¿Aprecias ahora las dulzuras de la cautividad? ¡ja, ja, ja!

—No te precipites demasiado... replicó Tomás con voz ahogada y sin mirarle. Espera... déjame respirar... No podéis atarme la lengua...

Pero Tomás comprendía que no podía hacer nada. Y esto, no porque estuviese atado, sino porque el fuego que ardía en él estaba apagado y su alma devastada, negra como una tumba.

Reznikoff se unió á Zuboff. Después Bobroff, Kononoff y otros se retiraron á la popa con Maiakin; hablaban con animación, pero muy quedo.

El barco se dirigía á todo vapor en dirección de la ciudad. La trepidación de la máquina hacía sonar los vasos y las botellas y el choque del cristal era lo que Tomás percibía distintamente. A su al-

rededor un grupo hostil le propinaba injurias y sarcasmos. Tomás no distinguía ninguna fisonomía y lo veía todo como á través de una bruma. Las palabras que le dirigían no le hacían dano. Un sentimiento nuevo, hecho de amargura y de dolor, un sentimiento vago, que había invadido todo su sér y no daba lugar á ninguna otra impresión. Tomás seguía el progreso del estrago que tenía lugar en su alma y aún cuando fuese incapaz de definirlo, experimentaba una angustia dolorosa y un disgusto inmenso.

—¡Reflexiona un poco, charlatán... en lo que tú has ganado! decía Reznikoff. ¿Qué existencia será la tuya ahora? Ninguno de nosotros se dignará ahora ni escupirte á la cara.

—¿Qué he hecho pues? se preguntaba Tomás perplejo.

Los fabricantes le rodeaban.

—Vamos, Tomás, decía Iatchuroff, estás aviado...

—Nosotros te...

—¡Soltadme! dijo Tomás.

—¡No! Estás mejor así...

—Llamad á mi padrino...

Pero en este momento apareció Jacob Tarassovitch en persona. Se aproximó á Tomás, examinó con mirada severa su larga silueta extendida en el puente y exhaló un profundo suspiro.

—¿Y bien, Tomás? pronunció.

—Dí que se me desate, dijo Tomás con voz dulce.

—¡Vas á empezar tus barbaridades! No, permaneceré así.

—Te juro no abrir más la boca. Desatadme, me da vergüenza! ¡En el nombre del cielo! ¡Si no estoy borracho! Podéis, si queréis, dejarme atadas las manos...

—¡Jura no volver á empezar! dijo Maiakín.

—¡Oh! ¡Dios mío! no... no... gimió Tomás.

Se deshizo sólo la atadura de las piernas. Cuando

se pudo levantar, los miró á todos y dijo con triste sonrisa:

—Me habéis podido...

—Lo podremos siempre... respondió su padrino con altivez.

Completamente encorvado, las manos atadas atrás, Tomás se aproximó á la mesa sin levantar los ojos ni pronunciar una sola palabra. Parecía más delgado y más pequeño. Mechones de cabellos le caían por la frente y las sienes. La pechera desgarrada de su camisa salía por encima del chaleco; el cuello le subía á la boca. Trataba en vano de ponerle en su sitio moviendo la cabeza. Un viejo se le aproximó, puso en orden sus vestidos, le miró con sonrisa bondadosa y dijo:

—Hay que saber llevar la cruz...

En presencia de Maiakín, todos los que se habían burlado de Tomás guardaban un silencio interrogador y esperaban con curiosidad que el viejo se decidiese á hablar.

Maiakín estaba tranquilo, pero sus ojos relucían con brillo extraño, poco en armonía con los acontecimientos; la expresión era más bien alegre.

—Dadme aguardiente, articuló Tomás sentándose ante la mesa y apoyando encima su pecho.

Su cuerpo encorvado inspiraba lástima en su impotencia. Se hablaba á media voz ante él y se andaba con precaución. Todas las miradas se dirigían ya á Tomás ya á Maiakín, que había cogido una silla y se había sentado enfrente de él. El viejo no accedió en seguida al deseo de su ahijado. Le miró primero fijamente, después llevó sin darse prisa un vasito de aguardiente que llevó sin hablar palabra á la boca de Tomás. Este vació el vaso hasta la última gota y pidió de nuevo aguardiente.

—¡Es bastante! respondió Maiakín.

Un silencio pesado embargaba á la concurrencia.

Los que se aproximaban á la mesa iban de puntillas y alargaban el cuello para ver á Tomás.

—Y bien, Tomás, ¿has comprendido lo que has hecho? preguntó Maiakín.

Hablaba con lentitud, cada cual pudo oír la pregunta.

Tomás hizo una señal incierta con la cabeza y no pronunció una palabra.

—¡No esperes perdón, no! prosiguió Maiakín en alta voz. Aunque todos seamos cristianos, no te perdonaremos, puedes estar seguro.

Tomás levantó la cabeza y dijo pensativo:

—Os he olvidado, padrino... No os he dicho nada...

—¡Tened! exclamó con tono amargo Maiakín señalando á su ahijado. ¡Ya lo veis!

Un murmullo de protesta se elevó entre la concurrencia...

—¡Pero, bah! continuó Tomás con un profundo suspiro, ¿qué importa eso? ¡No ha resultado nada de todo ello! ¡ay de mí!

—¿Qué querías? le preguntó su padrino con frialdad.

—¿Que qué quería? Tomás levantó la cabeza y miró á su alrededor sonriendo. Quería...

—¡Borracho! ¡Miserable!

—¡No estoy borracho! replicó Tomás con voz pausada. No he tomado más que dos copas... Tenía mis sentidos cabales...

—Entonces, ¿eres tú quien dice verdad? ¡Jacob Tarassovitch no lleva razón! dijo Bobroff

—¡Yo! exclamó Tomás.

Nadie se preocupó más de él.

Reznikoff, Zuboff y Bobroff se inclinaron hacia Maiakín y le hablaron en voz baja. Tomás oyó la palabra «tutela.»

—Tengo un juicio despejado, dijo él, apoyándose

en el respaldo de la silla y fijando sobre los fabricantes su mirada vaga. Sabía perfectamente lo que quería... Quería la verdad... Quería denunciaros...

Su exaltación renacía y trataba de soltarse las manos.

—¡Eh, ten cuidado! exclamó Bobroff, cogiéndole por los hombros. ¡Sujetadle!

—¡Sí, sujetadme! dijo Tomás con amargura. ¡Cogedme!... ¿Para qué valgo?...

—¡Vaya, está tranquilo! le ordenó su padrino.

Tomás se calló. Entonces comprendió que todo cuanto había hecho era inútil, que sus palabras no habían conmovido el alma endurecida de los traficantes. Formaban á su alrededor un muro espeso á través del cual no podía ver nada. Allí estaban, tranquilos, firmes, tratándole de borracho, de loco, preparándole sin duda alguna mala pasada. Se sentía miserable, aniquilado, aplastado; aplastado por el número y la potencia de aquella masa de seres inteligentes, fuertes en su posición social. El momento en que los había insultado le parecía ya tan lejano, que no comprendía ya lo que había hecho ni el por qué. Le parecía que era extraño á sí mismo y empezó á experimentar una sensación penosa, avergonzándose de su conducta. Su garganta se oprimía al par que su pecho, como si una capa de polvo ó de ceniza hubiese cubierto su corazón. Los latidos eran irregulares y violentos.

Y entonces él dijo lentamente, pensativo, como hablándose á sí mismo y para justificarse á sus propios ojos:

—Yo quería decir la verdad... ¿Acaso esto es vivir?

—¡Imbécil! dijo Maiakín con desprecio. ¿Qué verdad puedes tú decir? ¿Qué cosas comprendes?

—Tengo el corazón ulcerado... ¡Comprendo! ¿Cuál es vuestra justificación ante Dios? ¿Para qué vivís? No, lo siento... sentía la verdad.

—¡Se acusa á sí mismo! dijo con mofa Bobroff.  
Alguien añadió:

—Esas palabras denotan enajenación mental.

—No es dado á todo el mundo decir la verdad, declaró Maiakín con tono sentencioso. La verdad fué aprendida con el espíritu y no con el cuerpo... ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Si no has hecho más que sentir, es locura! ¡La vaca siente también cuando se le tira de la cola! Es menester comprender. ¡Comprenderlo todo! ¡Comprender hasta al enemigo! ¡Adivinar lo que sueña por las noches y no obrar sino sobre seguro!

Arrastrado por su manía de consejos filosóficos, Maiakín iba á meterse en una larga disertación, pero recordó á tiempo que no se enseña el arte de combatir al que está prisionero y calló. Tomás le miraba entontecido y meneaba la cabeza.

—¡Especie de tambor! exclamó Maiakín.

—Dejadme tranquilo, gimió Tomás. Todo os pertenece. ¿Qué más queréis? Estoy medio muerto, destrozado... ¡me está bien empleado! ¿Quién soy? ¡oh, Dios mío!...

Todos le escuchaban, pero con intención aviesa.

—Yo vivía, decía Tomás con voz sorda, observaba... reflexionaba. Mis pensamientos han formado un depósito más en mi corazón. La postema ha madurado y he aquí que reventó... ¡Ahora quedé sin fuerzas! Me parece que toda la sangre de mi cuerpo ha salido por esta herida. Hasta hoy, he vivido en la esperanza de deciros la verdad... La he dicho...

Hablaba con voz monótona, sin inflexión, y su lenguaje se asemejaba al delirio.

—He dicho... y en mi alma se ha hecho un vacío atroz... es el solo resultado que he obtenido. De mis palabras no queda ninguna traza... Nada ha cambiado á mi alrededor... Pero en mí todo ha pa-

sado, y todo está saqueado, quemado, devastado... ¿Qué puedo esperar? Todo permanece inmutable.

Jacob Tarasovitch tuvo una risa sardónica.

—¿Pueé te creías, levantar una montaña con tu lengua? Te has armado contra una chinche y has querido atacar al oso. ¿No es esto? ¡Desgraciado! ¡Si tu padre te vieses!

Un resplandor de inteligencia iluminó los ojos de Tomás y exclamó de nuevo con acento firme y convencido:

—Sois vos quien tenéis la culpa. Sois vosotros quien habéis hecho odiosa la existencia. Todo lo habéis oprimido... no dejáis al mundo respirar. Y por débil que sea la verdad que os opongo, es la verdad sin embargo. ¡Miserables! ¡malditos seáis!...

Se agitaba en su asiento, se esforzaba por recobrar la libertad de sus manos y gritaba loco de rabia:

—¡Desatadme!

El círculo formado á su alrededor se apretó de nuevo; los rostros de los fabricantes tomaron una expresión más severa y Reznikoff le dijo:

—No muevas tanto ruido, cálmate. Llegamos á la ciudad... Sostente de forma que no nos averguences... No es posible meterte directamente en una casa de locos...

—¡Es cierto! exclamó Tomás. ¿Queréis encerrarme en una casa de locos?

Nadie le respondió. Los miró á todos y bajó la cabeza.

—Pórtate convenientemente. Te desataremos las manos.

—Es inútil, dijo Tomás con dulzura. Me es igual... Ya no me importa... No sacaré nada...

Y de nuevo se puso á soltar palabras sin ilusión.

—Estoy perdido, lo sé. Pero es mi debilidad y no vuestra fuerza la causa. Vosotros no sois más que gusanos ante Dios. ¡Esperad! Ya pereceréis también... Yo he perecido por ceguedad... Mis ojos se han apagado de pronto y estoy ciego... como el buho... Siendo niño, me acuerdo de haber un día dado caza á un buho en un barranco... Se elevaba, pero siempre tropezaba con algo... La luz del sol le deslumbraba... Se hirió y se mató... Mi padre me dijo entonces: «Lo mismo le ocurre al hombre: algunos se lanzan adelante, tropiezan á derecha y á izquierda, buscan su camino y por fin, desvanecidos, se echan en un rincón, ávidos de reposo y de olvido...» ¡Oh, desatadme las manos!...

Su rostro tornóse lívido, sus ojos se cerraron y un temblor sacudió su cuerpo. Con el vestido sucio y hecho jirones, se balanceaba en su silla, dando con el pecho contra la mesa y balbuceando palabras incoherentes.

Los comerciantes cambiaban miradas significativas; algunos se daban con el codo y se mostraban á Tomás con una señal de cabeza. Jacob Maiakín seguía impenetrable.

—Se le podría desatar, murmuró Bobroff.

—Más tarde, cuando estemos cerca de la ciudad...

—No, es inútil, articuló Maiakín á media voz... Dejémosle ahí; se irá á buscar un coche para conducirlo directamente al hospicio...

—¿Dónde encontraré un refugio? repuso Tomás. ¿Dónde ir?

Y se abismó en una sombría meditación, la espalda encorvada, desvanecido, una expresión de sufrimiento esparcida en sus gestos.

Maiakín abandonó su sitio y se dirigió hacia la proa no sin haber recomendado á los que quedaban cerca de Tomás estuviesen al cuidado, por miedo de que se arrojase al agua.

—Este muchacho me da lástima... dijo Bobroff al mismo tiempo que veía alejarse del grupo á Jacob.

—Nadie es culpable de su locura, replicó secamente Reznikoff.

—¿Y Jacob? murmuró Zuboff indicando con una señal la dirección que aquel seguía.

—Bueno, ¿y qué? ¿Jacob? Nada ha perdido...

—¡Hum! ahora, ya veremos... ¡ja, ja, ja!...

—Se encargará de la tutela, seguramente...

Las risas y las reflexiones que cambiaban en voz baja se mezclaban al rumor de la máquina y no llegaban hasta Tomás. Su mirada estaba fija en las ondas; sólo las comisuras de su boca temblaban ligeramente.

—Su hijo ha llegado, murmuraba Bobroff.

—Conozco al hijo, respondió Iatchuroff. Lo he encontrado en Perm.

—¿Qué tal muchacho es?

—Inteligente... serio...

—¿Y además?...

—Tiene una fábrica muy importante en Ussolié.

—Entonces Jacob ya no necesita á su ahijado... He aquí la solución del enigma...

—Ved, llora.

—¡Oh!

Tomás se había apoyado en el respaldo de la silla con la cabeza sobre el hombro. Tenía los ojos cerrados y gruesas lágrimas filtraban una á una bajo sus pupilas cerradas. Se deslizaban por sus mejillas á lo largo del bigote y se perdían en su cuello. No se movía ni dejaba escapar una sola queja. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales y su respiración era trabajosa.

Los comerciantes miraban aquel rostro de mártir, pálido, deshecho, con las mejillas inundadas de lágrimas, la boca dolorosamente torcida, y uno á uno se alejaron de él en un profundo silencio.

Tomás quedó solo, con las manos atadas á la espalda, ante una mesa cubierta de vajilla, de botellas y restos del festín. Levantaba de vez en cuando sus pupilas pesadas é hinchadas; sus miradas oscurecidas por las lágrimas no veían más que aquella mesa donde todo estaba sucio, revuelto, destruido...

Tres años transcurrieron. Jacob Tarasovitch Maiakin murió hace cerca de un año.

En su lecho de muerte, sin perder el conocimiento, siguió fiel á sí mismo, y decía á su hijo, á su hija y á su yerno, reunidos á su alrededor:

—Vamos, hijos míos, vivid en la opulencia. Cuando se ha aprovechado la vida como yo lo he hecho, se debe ceder el sitio á los jóvenes. Ya lo veis, muero, pero no desolado. Dios me lo tendrá en cuenta. He importunado quizás al Señor con tonterías, pero jamás con mis lágrimas ni con mis quejas. ¡Oh, Señor! ¡Te doy las gracias por haberme enseñado el arte de vivir dichoso! Adiós, hijos míos. Continúa unidos y tratad de no ser demasiado malos. Acordaos de que no se es un santo por vivir siempre tranquilo y al abrigo de toda tentación... El temor del pecado no es un mérito, y á eso es á lo que alude la parábola de los diez talentos... El hombre de acción cuya vida es una lucha incesante, no puede apartarse de su propósito por temor al pecado... Dios ha dejado al hombre libre para arreglar la vida á su gusto... pero no le ha dado una inteligencia bastante grande; así es que no puede ser tampoco demasiado exigente... Es grande y misericordioso...

Y murió tras una corta, pero penosa agonía.

Poco después de la cuestión del barco, Ejjoff se hizo expulsar de la población.

Una nueva casa de comercio muy importante se

creó bajo la razón social: *Taras Maiakin y Africán Smolin*.

Durante aquellos tres años no se oyó hablar de Tomás. El rumor corría que á su salida del hospicio, Maiakin le había enviado á reunirse con los parientes de su madre en el Ural...

Hace algún tiempo Tomás ha reaparecido en las calles de la ciudad. Está ajado y medio loco. Casi continuamente borracho, se le ve ya sombrío, el ceño fruncido y la cabeza baja, ya sonriente con la sonrisa lamentable y triste de los alienados. De vez en cuando mueve alguna algazara, pero esto es raro. Habita en la casa de su tía, en una bohardilla, en el fondo del patio...

Los comerciantes y los individuos que le conocen hacen de él un objeto de burla. Cuando pasa le interpelan frecuentemente:

—¡Eh, tú! ¡profeta! ¡Ven aquí!

Pocas veces se aparta Tomás de su camino: huye de los hombres y no habla voluntariamente. Cuando por casualidad permite que le hablen, les oye decir:

—Vamos, explícanos el juicio final, ¿eh? ¡ja, ja, ja! ¡Profeta!

FIN



## Obras de Máximo Gorki

---

Entre los literatos modernos de mayor renombre, figura el joven Alejo Peschkov, que con el pseudónimo de *Máximo Gorki* (1) ha publicado libros hermosísimos, llenos de verdad y poesía, conocidos ya en todos los países de Europa.

El éxito alcanzado por **Los Vagabundos**, de los que se han publicado en Italia y Francia numerosas ediciones, hizo que varios escritores españoles se apresuraran a traducir en nuestro idioma la obra de Peschkov. La primera versión publicada, que por cierto ha merecido los elogios del crítico de *El Imparcial*, señor Gómez Baquero, es la de esta casa y lleva la firma de R. Devil.

Bajo el título de **Los Vagabundos** hemos reunido cuatro novelas cortas: **Malva, Tchelkache, Mi compañero, y Konovalov.**

Más notable, si cabe, es aún la colección titulada **En la Estepa**, y que además del episodio del mismo nombre, contiene originales y brillantes narraciones, fruto del ingenio creador del inimitable artista, que en este libro prodiga pensamientos nuevos é imágenes de belleza incomparable.

Al mismo tiempo que los citados libros y el **Tomás Gordeieff**, publicamos **Caín y Artemio y Los Degenerados**. Cada una de estas obras forma un volumen igual al presente y se vende al precio de costumbre.

---

En ruso, Gorki significa «Desdichado».

---



